



# ¿QUÉ TE APUESTAS? **IRENE FERB**





¿QUÉ TE  
APUESTAS?  
**IRENE FERB**

EDICIONES KIWI, 2022  
Publicado por Ediciones Kiwi S.L.



EDICIONES**KIWI**

Primera edición, diciembre 2022  
IMPRESO EN LA UE  
ISBN: 978-84-19147-27-1  
Depósito Legal: CS 833-2022  
© del texto, Irene Ferb  
© de la cubierta, Borja Puig  
© de la foto de cubierta, shutterstock  
Corrección, Paola C. Álvarez, Merche Diolch

**Código THEMA: FR**

Copyright © 2022 Ediciones Kiwi S.L.  
[www.edicioneskiwi.com](http://www.edicioneskiwi.com)

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Contacta con CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

#### NOTA DEL EDITOR

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

TE  
APUESTO  
LA  
NAVIDAD



*Para dos personas muy importantes en mi familia hormiga que ya no van a poder vivir las Navidades con nosotros:*

*Juan, tu llanto de bebé y como me aplastabas la mano eran de los momentos más divertidos de mi infancia.*

*Santia, te nos acabas de ir, estarás contando historias allá donde hayas ido, «la bella» te llevará siempre en el corazón.*



# PRÓLOGO

## EL DESEO DE CANDELA

—¡Vamos Candela, hija, que te duermes!

Candela se sobresalta lo suficiente para darle la razón a su madre: siempre anda por las nubes. Se distrae con una llamita bailarina de una vela o con el estruendoso ruido de una moto. Cualquier estímulo le conduce a inventar historias.

Pero tiene nueve años, ¿no dicen que lo mejor de los niños es su imaginación y que es una lástima su pérdida en la madurez? Pues ella ya sabe el porqué, por los padres, porque con sus prisas coartan cualquier ensoñación. O por lo menos su madre, Alicia, la mujer más acelerada del planeta, la maestra de decir una cosa y hacer otra. Porque le ha escuchado cientos de veces departiendo con sus amigos sobre lo importante de la creatividad y la imaginación en la infancia, pero a la que su hija se distrae, le mete un berrido como un bocinazo asesinando a sus visionarias neuronas.

Igual es que podría existir un dispositivo que se iluminara anunciando que la persona que tiene la mirada perdida y parece que está en babia, realmente se está dejando llevar por la imaginación y creando una historia memorable, como los conos naranjas que ponen en la carretera cuando hay un accidente o están re-re-rearreglando el asfalto. ¡Ja! Eso estaría bien.

—¡Candelaaa! —le reprende su madre—. ¿Quieres venir ya?

—Pero si estoy aquí ya —le responde hastiada corriendo hasta ellos.

—No, hija. No acabas de llegar, pero da igual. No me voy a poner a discutir. Nos toca pasar. ¿Estás nerviosa?

Candela sube los hombros como respuesta, intentando aparentar que no, pero la verdad es que sí. No ha podido desayunar

por la mañana y ahora se alegra porque, si llega a hacerlo, estaría vomitando en este mismo momento. Su estómago baila como si estuviese grabando un tiktok de Camilo.

Jorge, su padre, estira el brazo hacia su hombro para acercarle a él y abrazarla.

—Cariño, es normal que estés nerviosa. No todos los días una visita la casa de Papá Noel —le dice él con su característica voz tranquila.

—Pues no. —Sonríe a su padre—. No todos los días... pero estoy bien.

—Espero que le digas algo, a ver si ahora, después del viaje que hemos hecho al Rovaniemi este, va y te quedas callada —le sermonea su madre.

—En ese caso hablaríamos nosotros por ella, Alicia, que para eso hemos venido. ¿No te parece? ¿O es que tú también temes hacer la del conejo frente a los faros de un coche cuando veas a Papá Noel? —le pregunta Jorge mientras guiña un ojo a Candela.

—Tú estás tonto —obtiene por respuesta.

Jorge se agacha y le dice a su hija al oído:

—Tu madre está más nerviosa que tú y que yo.

Candela y Jorge se ríen, mientras Alicia resopla y, justo en ese momento, sale el elfo de la entrada que les abre la cancela para entrar.

Los tres juntos, de la mano, acceden por un angosto pasillo a un salón con paredes de troncos de madera, decoración navideña, una chimenea enorme y un escritorio en el que está Papá Noel acompañado de varios elfos.

A Candela le tiembla hasta la última célula de su cuerpo. Va a ser que sí que estaba nerviosa.

—Bienvenidos, Alicia, Jorge y Candela. Acercaos a mí —les dice el famoso mago de los regalos en un español justito—. Vamos junto al fuego. Hace mucho frío ya y mis rodillas duelen.

El hombre se levanta de su escritorio y, asistido por una elfa muy sonriente, se sienta en un tronco frente a la chimenea.

La familia española se sitúa frente a él en otro tronco, a unos dos metros.

Candela abre mucho los ojos para no perderse detalle.

«Este sí que es Papá Noel. Se nota. Es supermayor y desprende magia en cada pestañeo», piensa para sí.

—Familia, gracias por venir a verme desde tan lejos —les dice—. Me encanta España. Os llevo esperando muchos años, pero ya estáis aquí. Bienvenidos a mi casa. Lástima que tenga muchos más invitados y no podáis quedaros mucho tiempo, pero he hablado con mis elfos y a cambio os darán un paseo con mis renos.

—Gracias, Papá Noel —le contesta Jorge. Alicia y Candela no abren boca.

—Candela, estás ya muy mayor, y muy preciosa. Sé por mis elfos que te portas muy bien y que sacas buenas notas.

El cuello de Candela responde afirmando.

—¿Me has traído la carta con lo que quieres que te lleve a tu casa este año?

La niña abre su bolso y saca la carta que escribió en Madrid. Este año no tiene dudas: quiere una cámara de fotos.

La amable elfa se acerca, toma la carta y se la da a Santa.

Él la abre y la lee. Después sonríe.

—Haré lo que pueda, Candela... Me lo has puesto muy difícil, pero lo intentaré.

—Gracias —contesta animada.

—¿Y algo más? ¿Quieres pedir algo que no sea material? ¿Algo para tus padres, o para algún familiar? Recuerda que este lugar es mágico y los deseos pueden hacerse realidad.

Candela piensa, pero enseguida lo tiene claro.

—Quiero ir a ver a mi tía Amanda que vive en Nueva York y está muy sola.

—¡Oh, qué pena! Pero seguro que ella tiene muchos amigos allí —le responde.

—No, ¡qué va! Siempre que hacemos videollamadas o está en casa o trabajando. Es actriz, ¿sabes?

—¡Uy, qué bonita profesión! —habla por primera vez la elfa.

—¿Y estás preocupada por ella? —le pregunta Papá Noel.

Candela piensa lo que va a decir antes de hablar y responde:

—¿Puedo pedirte otra cosa Papá Noel?

El anciano se ríe, con esa carcajada que ha escuchado decenas de veces en películas, pero esta vez suena a verdad.

El cuerpo de Candela se escalofría entero de la emoción.

—¡Pues claro! Estás en la casa de los deseos. Pide, Candela.

La niña mira a su madre y recibe una sonrisa un tanto asustada, pero se decide a pronunciar:

—Quiero que mi tía Amanda encuentre un novio esta Navidad y se case para que no esté sola nunca más.

—Hija, eso quizás es muy difícil... Mi hermana no está ahora mismo para novios y...

—Lo intentaremos, Candela —interrumpe Papá Noel a Alicia—. Si algo nos gusta en el Polo Norte es que nos pidan deseos de amor. Una de mis elfas se pondrá a la tarea, pero quizás tardemos un poco más de lo que tú quieres, ¿vale?

Candela sonrío entusiasmada. Está deseando llamar a su tía para contárselo.

La elfa que ayuda a Papá Noel a levantarse y a que regrese a su escritorio, sonrío también. Este deseo le ha tocado el corazón. Si ella pudiera, haría todo lo posible por cumplirlo. Si ella pudiera...

# CAPÍTULO 1

## NO ESTOY TAN SOLA

Me levanto tiritando de frío y toco el radiador.

¡Fantástico! ¡Se ha vuelto a estropear la calefacción!

—¡Mierda de Manhattan!

Con lo que me costó el apartamento y las veces que se rompe la calefacción. Estoy más que harta. Por lo que pago de comunidad, debería haber un técnico todo el día en la sala de calderas.

Busco en el armario la chaqueta de lana que me compré en Madrid y me cubro la garganta con una bufanda. Estamos a días de terminar el musical y no me puedo permitir perder la voz. Michael me mataría.

Miro el reloj, son las siete de la mañana, me había puesto el despertador para salir a correr, pero es mejor que ese tiempo lo invierta en arreglar este desaguisado porque esta noche quiero regresar a un hogar vacío pero caldeado.

El invierno en Nueva York es tan frío que todos los años añoro regresar a España e irme al sur a la casita que tiene mi hermana en Cádiz, pero siempre me sale algún trabajo y me tengo que quedar.

Voy hacia la cocina, caliento leche en un cazo y enciendo la cafetera.

No es que sea una naturista contra los electrodomésticos, pero el microondas se rompió hace una semana y el conserje, que me prometió arreglarlo, lleva dándome largas desde entonces. Es un manitas. Siempre le pregunto a él antes de llamar a algún técnico, pero esta vez se lo está tomando con una calma tipo albañil cuando te dice «ahora te llamo». A veces pienso que todas estas nuevas modas que nacen antitecnológicas, *followers* de todo lo prehistórico, así como el ayuno intermitente, lo de no ducharse todos los

días o el boicot a los congelados, realmente se originan del caos y la vagancia que da buscar un operario que te arregle el problema en cuestión sin morir en la espera o enfermar por el riñón que te cobran nada más poner el pie en tu casa.

En Manhattan es más difícil encontrar un técnico que un taxi en Nochevieja, por lo que te adaptas a vivir sin el electrodoméstico estropeado y encima lo aprovechas, le pones un nombre cuqui y te haces el moderno.

Me preparo el café y, mientras voy hacia mi teléfono, me aseguro de que hayan pasado veinte minutos desde que me desperté. Me tengo totalmente prohibido mirar cualquier tipo de pantalla en los primeros veinte minutos de mi día. ¿Por qué? Pues porque me lo dijo una dependienta en el Soho una vez, que los expertos dicen que es malísimo hacerlo para los ojos y, además, que te puede generar mucho estrés ver todos los pendientes que tienes en ese día. A la larga, eso te altera el sueño. Y si yo tengo dos problemas son esos: estrés y problemas para dormir. Además, que si quieres parecer alguien importante en esta ciudad tienes que contar cosas así. Hay que alistarse a todo este tipo de modas para estar en la onda y, si encima eres el precursor, te ganas miles de seguidores. Eso sí, yo que creo tener la cabeza en mi sitio, te digo que la línea entre ser un yogi o padecer de TOC es muy fina, y que por eso medio Nueva York va al terapeuta, al psicólogo o al psiquiatra.

Veo en la pantalla que anoche me llamó mi hermana. Ya habrán vuelto de Finlandia. Luego la llamo, pero primero voy a despertar al vago del conserje.

Diez minutos después tocan a mi puerta.

Dejo el nuevo guion que no he empezado a leer sobre la mesa y me miro en el espejo antes de abrir. Aunque sea el de la calefacción, siempre tengo que parecer arreglada porque un mal rumor te puede desahuciar durante meses y quitarte oportunidades.

Abro y me encuentro con Peter, el buenorro de mi vecino, y su sonrisa socarrona.

—No has salido a correr y habíamos quedado.

—Piii..., error. Tú dijiste que ibas a correr y yo te dije que igual me apuntaba, pero no sé si te has dado cuenta, amigo, de que no hay calefacción.

Peter sonrío y toda esa hilera de dientes perfectos y blanquitos me provocan.

—Pues claro, dime que has llamado ya al conserje.

—Sí y me ha dicho que iba a avisar al de la caldera, pero que no cree que esta mañana esté arreglado, así que abrígate.

Peter, como suele hacer, a su antojo, empuja la puerta y entra en mi casa.

Yo reniego mientras le sigo a la cocina y le veo servirse un café, sin dudar de dónde están las tazas o el edulcorante, y después se apoya en la barra mientras bebe.

—¡Uhhh! Me encanta tu café español.

—A ti lo que te encanta es gorronearme, que ya me tienes acostumbrada y hasta, cuando hago la compra, pienso en la leche y en los cereales que te gustan.

—¿Me has comprado cereales? —me pregunta divertido.

—En el armario del centro —le respondo simulando hastío.

Peter se da la vuelta y, mientras busca, yo no puedo evitar perderme en su espalda y en su trasero que están esculpidos por los dioses y trabajados en muchas carreras y ejercicios de *crossfit*. Es lo que tiene el real cuerpo de bomberos: unos cuerpos de calendario. Pero es que encima de que Peter sea guapo a rabiarse, con rasgos latinos, ojos oscuros, labios gruesos y mandíbula ancha, es el bombero más sexi de toda Nueva York. Y no lo digo yo, se hizo viral hace dos años en la red. Desde entonces, de vez en cuando, trabaja en moda y se lleva un dinerito; de ahí que se pueda costear un apartamento en una zona como esta.

Los dos nos vinimos a vivir casi a la vez a este edificio y nos hemos ayudado a sobrevivir en la soledad a la que te empuja a experimentar esta ciudad.

No es que él esté solo. ¡Qué va! Pocas veces duerme solo en su colchón. Las paredes son de papel. Pero una cosa es sexo y otra familia, y ambos, inmigrantes, echamos de menos a las nuestras.

¿Me he acostado con él?

Pues claro.

¿Hay algo más?

No, para nada. Es el ser más mujeriego del planeta. Jamás podría fiarme de él.

Peter echa los cereales desde la caja en su boca y después bebe café. Sus modales de puertas para adentro dejan mucho que desear, pero entre él y yo ya no hay melindres de ese tipo.

—¿Hoy tienes función? —me pregunta.

—Sí, a las cinco.

—¿Quieres venir después a la fiesta de cumpleaños de John?

—No —respondo rotunda.

Peter se ríe.

—No lo vas a olvidar nunca, ¿no?

No contesto, pero porque ya sabe la respuesta.

—Fue una chorrada, Amanda. Olvídalo...

—Lo tengo olvidado, Pet, pero sabes que John me incomoda. No me gusta cómo me mira.

—Te mira como la mitad de los hombres en esta ciudad y porque los otros son gays. Eres un bombón, Amanda.

—Gracias, pero eso no justifica que me mire como si yo fuera un producto y no una persona. Estoy harta de eso.

—Ya... lo de que te pidiéramos hacer un trío, no ayudó, ¿verdad? Pero es que, en serio, John es un hacha. Le he visto en acción, y te iba a quitar todo el estrés. Está loco por ti.

—Pet, una cosa es que tenga sexo ocasional contigo por la confianza que hay, y otra es que me acueste con todo bicho viviente.

—Amanda, no hay ningún bicho viviente. Solo te acuestas conmigo.

—Eso no es verdad.

—Eso sí es verdad, y lo sabes. Nena, eres una monada, pero estás escondida entre estas paredes y tu miedo al fracaso.

—Pet, contigo y mi satisfyer me basta y me sobra, y no es cuestión de miedos. Es que paso de tener una pareja chupasangre. Además, no quiero hablar de esto, así por la mañana.

Pet se me acerca despacio, clavando sus ojos en mí.

—No te enfades, preciosa... Sabes que te quiero.

Nos abrazamos como amigos.

Me distraigo en su olor. Aunque viene de correr, huele igual de bien que siempre.

Siento como se endurece al estar tan pegado a mí.

Aparto mi cabeza para mirarle interrogante.

—Llevo tres días. Te lo prometo —me lo dice con cara de perrito abandonado.

—¿De verdad?

Pet se acerca y me da un suave beso en los labios.

—Jamás te miento con eso. Tres días sin acostarme con nadie, lo juro. Estoy limpio para ti. Hace mucho frío en este apartamento, déjame que te caliente... —me dice con esa voz seductora pegada a mi oreja y sé que no voy a poder negarme, ni quiero. Lo que más me apetece es entrar en calor bajo su cuerpo y si él me ha prometido que no se ha acostado con nadie, le creo.

Tengo esa norma con él: sexo sí, pero siempre y cuando no comparta fluidos con otras, y tienen que pasar mínimo dos días para que lo acepte.

—Tengo un poco de prisa —le digo para sonar práctica y así darle nombre a esto que tenemos—. ¿Sofá, suelo o cama?

Pet me mira y sonrío pícaro.

—Donde tú quieras, princesa.

—No me llames princesa —le reprendo.

—Pues en ese caso, en el suelo. —Pet me agarra y caemos sobre la alfombra.

No es que haya mucho espacio, aunque creo que el justo y necesario para los planes de mi vecino, que ya me ha quitado el

pantalón de estar por casa y está haciéndose un hueco entre mis braguitas para hacerme perder el sentido con su especialidad.

Pet es un maestro en el arte del sexo oral y es su ritual, como el aperitivo antes de almorzar en los restaurantes españoles; lo practica nada más empezar y así se asegura el éxito.

Cierro los ojos y me dejo llevar por su lengua, y lo que me provoca.

Tres minutos después, cuando estallo en un orgasmo y él asciende para penetrarme sin darme tregua a respirar, pienso que no estoy tan sola y que no sé por qué todas las noches mi apartamento se me echa encima.

# CAPÍTULO 2

## ¿ME ESTARÉ VOLVIENDO LOCA?

—Tía, te lo prometo. Papá Noel nos dijo que sí, que te va a conseguir un novio.

—No dijo exactamente eso, Candela. No inventes —le reprende mi hermana.

—¡Qué sí, tía, que lo dijo! Tú estate atenta y sal siempre guapa a la calle.

Me río por las ocurrencias de mi sobrina Candela y le respondo:

—Eso intento, cariño. Suelo asearme a diario, y te juro que estaré atenta por si se me cruza el hombre de mis sueños, pero a ver si va a ser una ilusión y desaparece por Navidad...

Veo por la videollamada como los pensamientos de Candela se complican, pero enseguida lo resuelve:

—¡No, tía! Yo le dije un novio, no un elfo. Te va a durar para siempre.

—¡Ufff, «para siempre» es mucho tiempo! —le digo.

—Bueno, pues al menos hasta que vuelvas a España. Luego aquí ya estamos nosotros.

Mi hermana se ríe.

—Candela, te lo agradezco, de verdad, pero es que igual yo no quiero novios y no me siento tan sola como crees. Tengo muchos amigos.

—Pero hablan inglés, y los ingleses son raros.

Ahora la que me río soy yo.

—Aquí no son ingleses, cariño. Son americanos... —indico y miro a mi hermana que ha levantado la cabeza, y sé que está pensando lo mismo que yo... peor. Son más raros aún.

—¡Por eso, tía! Con un novio no tienes por qué conocer a más gente rara.

—Pensándolo así... —bromeo, pero Candela, que todavía no descifra el sarcasmo, da palmaditas ilusionada.

—¡Se lo voy a contar a papá! ¡Vas a tener novio!

Candela sale corriendo y desaparece de la pantalla. Sonríe a mi hermana.

—Tu hija está para que se lo miren —le digo—. Vaya perra ha cogido con que tengo que emparejarme.

—Pues sí, bonita. Se lo vengo diciendo a su padre, que lo de nuestra hija y sus ganas de arreglar el mundo no son normales, pero te va a tocar hacer un papelón, hermanita.

—¿Cómo?

Alicia se atusa el pelo, que como siempre luce perfecto y yo sé que significa en ella debilidad. Y si Alicia muestra debilidad, es que algo la altera.

—Se trataba de una sorpresa, Amanda, pero visto lo visto... Jorge me regaló el año pasado un viaje a Nueva York para verte, pero con el coronavirus no hemos podido. Ahora, ya se puede viajar, y el veintitrés de diciembre nos tendrás allí para celebrar la Nochebuena contigo.

—¡Qué me dices! ¡Qué sorpresa!

—Tengo muchas ganas de verte, hermanita...

—Y yo a ti.

—El caso es que a tu sobrina le queda nada para dejar de creer en la magia de la Navidad y me da tanta pena... Si vamos allí y no tienes novio, puede que ate cabos, así que más te vale decirle a un amigo que se haga pasar por tu alma gemela.

—¿Y a quién le digo eso!? ¡Quedan dos semanas, Alicia!

—Díselo al bombero.

—¿A Peter? Imposible. Se va estas Navidades a su casa.

—Pues a algún compañero del teatro.

—¡Qué fácil! Oye, ¿te haces pasar por mi novio la noche del veinticuatro y dejas de cenar con tus amigos o familia para que mi sobrina de nueve años siga creyendo en Papá Noel?

—Algo se te ocurrirá, hermanita... Te dejo que tengo una reunión ahora con el de recursos humanos. ¡Chao, preciosa!

Mi hermana desaparece de la pantalla y la estupefacción se instala conmigo.

Es que de verdad no lo entiendo, que tenga que pagar el pato yo de la educación de Candela no es normal. Cada dos por tres me vienen con una historia diferente. Aún recuerdo cuando con cinco años tuve que maquillar a mi hermana y a Jorge con granos y ojeras para que pensase que estaban enfermos, y así convencerla de que se quedase conmigo y ellos pudiesen escaparse un fin de semana.

¿De dónde saco yo un novio en Navidad? ¡Joder, parece un telefilm!

Camino al baño y me quito la toalla del pelo con un humor de perros. Tengo que darme prisa en arreglarme porque se me ha ido la mañana entre unas cosas y otras, y en mi espesa melena tardo mínimo media hora. Tengo pelo para exportar. Soy de esas afortunadas. Sí, lo admito.

La verdad es que tuve suerte en el sorteo y nací con un buen físico. Mido metro setenta y cinco, soy delgada —mis quince años de *ballet* algo tendrán que ver—, mi melena es ondulada, fuerte y rubia oscura, los ojos son del color de los de mi padre, verde oliva, y mi cutis es suave.

No todo es perfecto.

Descubrieron que mi mordida era pésima y he llevado aparato muchos años hasta que me ha quedado una dentadura de anuncio y una mordida plus. Lo malo, es que apenas puedo comer lo que me gustaría porque en mi profesión se exige el culto al cuerpo; vamos, que estés delgada como la Kidman, y solo me permito un extra de calorías dos cenas a la semana. El resto, smoothies, sopas y pokes light. Nada de refrescos, ni entre horas.

Estoy operada del pecho, ya sé que se puede imaginar, y llevo relleno de hialurónico en los labios. Lo demás, todo es natural. Estoy orgullosa de mi físico. Sería absurdo negarlo. Ahora bien, eso no repercute en mi seguridad, porque puestos a reconocer tanto lo bueno como lo malo, tengo problemas de confianza y eso provoca que me aterre todo o casi todo.

Suelo pensar que no me gusta la gente. Muchos me aburren y otros me asustan; y eso que el abanico de gente en esta ciudad es muy amplio, pero todo es tan forzado que me aísla.

Echo en falta la naturalidad, pero no solo en ellos, incluso en mí. Vamos tan rápido, intentando cosechar el éxito y desprendiéndonos de nuestras taradas infancias, que la pose que nos creamos ante los demás nos la subimos a casa y, de pronto, te miras un día al espejo y te das cuenta de que no tienes ni pajolera idea de a quién tienes delante.

Ser actriz no es sencillo. Que te reconozcan al principio hace ilusión, pero al mes estás agotada de fingir que eres feliz y perfecta. Cuando pierdes el anonimato tu libertad se va con él, y eso no te lo explican en la escuela de interpretación, ni tampoco que el *acting* cruza la cuarta dimensión, porque donde más actúas es fuera de escena. En el supermercado, comiendo en un restaurante, en un paseo, en cualquier sitio donde haya gente interpretas que eres una mujer exitosa, y tanto repites la escena que te la llevas a tu hogar, a tus noches, a tu día a día... ¿Por qué duran tan poco las parejas de actores? Porque nos desdibujamos con los papeles que nos dan, perdemos, en parte, nuestro ser y nos tragamos al personaje y su entorno. Cuando lo soltamos, como una cuerda de goma, volvemos poco a poco a nosotros, pero ya no somos los mismos, nos hemos dado de sí.

Llaman a la puerta y voy a abrir. Pet me tiende una bolsa de comida del restaurante japonés de abajo.

—Tu pedido está listo.

—Gracias, Pet —le digo.

—De nada, mi niña. ¿Luego nos vemos, pues?

—Ya te he dicho que no. Del teatro me vendré a casa. Tengo que leer este guion.

—Vale, vale... Tú te lo pierdes. Le daré recuerdos a John de tu parte.

—Ni se te ocurra.

Mi vecino se va y cierro.

No me gusta nada John. Es un idiota monumental. Se cree gracioso y dispara chistes como un aspersor, de los cuales igual al año uno tiene gracia. Por lo menos para mí. Porque posee un humor de esos que dividen, no que suman, de esos que solo se ríen dos y los demás se ofenden. Si a eso le añades que me mira como si fuese un jamón ibérico, pues da como resultado una compañía ingrata.

Mientras como el poke de verduras, leo en mi horóscopo lo que me puedo esperar del día y me sorprende lo que pone:

«Hoy tendrás tres propuestas y si estás atenta, puede que te cruces con el amor de tu vida».

¡Anda, mira qué bien! Se lo tengo que contar a Candela.

Sigo probando suerte y abro una de esas galletitas que contienen esos mensajes tan abstractos que valen para todos.

Se me cae el pequeño papel al suelo cuando leo:

«Tres propuestas. Di que sí al amor de tu vida».

¿Esto es en serio?

Salgo de casa un poco justa, pero creo que me da tiempo a comprarme un café en mi cafetería favorita de Manhattan. Está a dos manzanas del teatro. Depende del tráfico, pero por suerte mi conductor del Uber se conoce las calles y me deja justo en la puerta diez minutos antes de mi hora de entrada.

No es un Starbucks. Ni lo pienses. Ya he explicado que echo en falta la naturalidad y esta cafetería es de lo más normal que hay por aquí. Aunque es un pequeño bar con pocas mesas, y una barra sin adornos, sin embargo, el surtido de café y su calidad compiten a primer nivel.

—¡Buenas tardes, Amanda!

—Buenas tardes —digo mientras leo en el pin que lleva en la camisa su nombre porque nunca lo recuerdo—, Acher.

Él sonrío porque siempre se da cuenta de que le tengo que leer para saludarle; y no es que pase desapercibo, porque es un israelí más guapo que un primor. Quizás también por su sonrisa, que desconocía hasta hace unos meses, en los que nos pudimos quitar la

mascarilla y le vi al completo. De los pocos casos de desconocidos que han ganado al quitarse la mascarilla.

—¿Qué vas a querer hoy? ¿Algo extrafuerte como a mí me gusta y nadie se atreve o te rindes y quieres un café normal?

Le miro divertida y le respondo:

—Sabes que fuerte. Yo nunca me rindo.

Acher sonríe y se da la vuelta para prepararme la bebida con leche de avena calentita.

Cuando me da el pedido me hace una seña. Siempre escribe tonterías a sus clientes fijos en la faja de cartón que rodea el vaso.

Lo leo y la sorpresa versus estupefacción hacen mella en mí. Nunca me había puesto nada así. Le miro interrogante y me responde:

—Tú eres la única chica que elige el fuerte —dice con su hipnótica sonrisa y me guiña un ojo—. ¡Mucha mierda para hoy!

—¡Gracias, adulador!

Acher se ríe y se apoya en la barra para despedirme mientras yo salgo con mi vaso de café calentito con un mensaje un tanto preocupante:

«Cásate conmigo».

# CAPÍTULO 3

## NOTTING HILL

Salgo del teatro agotada. En cada musical pierdo uno o dos kilos. Lo tengo comprobado. Se gasta mucha energía en las coreos y, como el nivel de concentración es tan extremo, termino exhausta; y eso que vengo del *ballet*. Fui bailarina hasta los veintitrés en la New York City Ballet. No recuerdo nada tan duro como aquello. Las interminables clases y los ensayos hasta que todo saliera perfecto te anulaban las ganas de hacer algo después.

Viví por y para la danza hasta que una lesión me alejó de los escenarios durante unos meses, y luego no pude volver.

Me quedé compuesta y sin novio, con unos pies de hobbit que dan repulsión y un saco manías porque la danza es muy estricta.

Aunque voy por la puerta de atrás, varios fans me esperan para hacerse fotos conmigo; el nuevo autógrafo. Intento ser simpática, pero no les doy conversación. Me limito a responder con monosílabos y sonrisa programada, asintiendo como un robot que enseña dientes. Te debes al público, pero cuando lo único que deseas es una ducha y meterte en la cama, la deuda se hace muy costosa.

A los veinte minutos, logro escabullirme y, como hace buena noche y no he salido a correr hoy, decido ir a casa a pie.

Para esconderme de curiosos, me pongo un gorro de lana y unas gafas con cristales de mentira que me dan un aire intelectual. Tampoco es que sea archiconocida, pero cada vez más y se hace incómodo.

Me encanta caminar. Me despeja la mente. A veces creo que son los paseos por esta ciudad los que todavía me mantienen aquí.

Andar por Manhattan es una droga.

Ves a tantos tipos de personas que la imaginación se me dispara. Nueva York es un contraste constante: ricos, pobres,

republicanos, demócratas, maniquís, hippies, locos, cuerdos, actores, cuentistas...

Ninguna ciudad en tan ambigua y a la vez tan vanguardista. Aunque, por lo que he viajado, y conozco la capital de mi país de origen, en las metrópolis viven los más modernos y arriesgados —alguien de provincias jamás llevaría el *look* de un madrileño de Lavapiés—, pero sin duda alguna la madre reina de la diversidad extrema es Manhattan. El día a día aquí es tan impersonal que, aunque te cruces con cientos de personas, puede que ninguno te mire a los ojos, y eso igual que a veces engancha; otras son de prozac cada ocho horas.

Y vivo aquí por cobarde. Hace tiempo que lo sé. Porque esta ciudad es mi expiación. A ella le echo la culpa de mis dramas. Regresar a España me aterrera porque puede que sea igual de infeliz y, entonces, el problema ya no será geográfico.

Camino hasta mi apartamento en el Upper West Side, casi al principio de Central Park, en la 109.

Me encanta mi zona. Es muy tranquila.

Llevo aquí muchos años y por primera vez puedo decir que la casa es mía. Siempre había vivido de alquiler, pero después de una serie que grabé para Netflix, decidí invertir ese capital en ladrillo y le pregunté a mi casero si me vendía el piso. Aceptó, y por eso llevo diez años en mi apartamento, pero solo dos como propietaria.

Me costó mucho dinero, pero sé que, si algún día me voy de aquí, lo que sacaría de rentarlo me daría para vivir en España de forma cómoda.

Suena mi teléfono. Me quito un guante, ganándome miles de hormiguitas con agujas en la palma de mi mano de puro frío, y descuelgo el teléfono.

Es Michael, mi agente.

—¿Amanda? ¿Me oyes? ¿Me oyes? —pregunta acelerado.

Resoplo. Somos tan distintos... Este hombre vive al borde del infarto. No puede saludar como todo el mundo.

—Si he descolgado es que es estoy. Buenas noches, Michael.

—¡Ah, sí! Oye, ¿te has leído el guion para la serie de Filmin?

—No, lo siento. No he tenido tiempo, pero me dijiste que tenía de plazo hasta la semana que viene —le expongo con voz relajada, la que suelo usar, pero con Michael la exagero para llamar a su neurona espejo y que se relaje.

En serio, me preocupa. Se acerca a los cincuenta y, aunque está en forma, ese ritmo de vida le va a pasar factura. Michael es importante para mí. Es y ha sido mi único agente. Los dos hemos crecido en nuestras profesiones juntos.

—Sí, era algo así, pero no te llamo por eso —canturrea—. Vas a alucinar, pequeña.

—¿Estás cantando? Es jueves, Michael. Hoy no es *sabbat*.

—Tú también vas a cantar cuando te cuente esto. No, vas a presentarte a La Voz, la vas a ganar y al año vas a triunfar en los putos Emmy. ¿Dónde estás?

—Pues cerca de mi casa.

—¿En Broadway?

—Bueno, sí. Cerca. ¿Qué tiene que ver?

—La noticia que te voy a dar es para que te corras delante de todo Broadway a grito pelado, y pidiendo más y más.

—Michael ahórrate tus guarradas para tus raperos.

—Nena, esto es grande, muy grande...

—Lo que es grande, Michael, es el frío que tengo en la mano. Dime lo que sea ya.

—Nena, ¿sabes quién te quiere para él solita y ha pensado en ti para su próxima superproducción?

—Si lo supiera no estaríamos teniendo esta conversación.

—Dime que sí, nena. Dime que sí...

—¿A qué?

—Después de esto vas a casarte conmigo, porque te conozco y sé que estabas deseando trabajar en algún proyecto español.

Me quedo un poco en shock. ¿Me acaba de proponer matrimonio? Aunque sea en broma... Ya van dos hoy. En la cafetería y ahora...

—¿Amanda? ¿Me oyes?

—Sí, sí... Dime de una vez. Y no me voy a casar contigo, porque a tu mujer no le gustaría.

—Vancouver Media te quiere. Álex Pina, nena. Álex Pina te quiere solo a ti para una pedazo de producción.

Transito de shock a shock como jugador de la oca. Exhalo el aire de los pulmones en un intento de tomar tierra.

—¿En serio?

—No te he dicho nada más en serio en mi vida.

—¿Te has leído el guion?

—Todavía no tienen guion terminado, pero nos han mandado uno provisional y está escrito para ti. Directo al cielo, Amanda.

—Bueno, tranquilo, que sabes que esto es como acaba y no como empieza. Así que pásame lo que tengas.

—Ya te lo he enviado, aunque ya te advierto que les he dicho que sí.

Me río.

—Me encanta que cuentes conmigo.

—Lo hago porque te quiero. De todas formas, me han pedido que hagamos una reunión la semana que viene para que te cuenten ellos el proyecto.

—Genial, Michael. Oye, te voy a dejar, que me estoy congelando.

—Vale, tómate un buen Rioja y fóllate a tu vecino para celebrarlo, venga.

—En serio, ¡deja el hip-hop! No te pega nada —le digo antes de colgar.

Miro al cielo, suspiro y le doy gracias.

Álex Pina: *La casa de papel, El embarcadero, White lines...*

Aprieto el paso porque estoy criogenizándome y, entonces, no sé cómo, me veo arrollada por algo y cayendo contra el suelo. Siento como se golpea mi cabeza contra el bordillo de la acera y todo se pinta de negro.

—Abre los ojos, abre los ojos... —Oigo muy lejos, así como a lo celestial. Los párpados me pesan tanto que ni que me los hubieran

pegado con una pistola de silicona—. Abre los ojos, venga... —Vuelvo a intentarlo porque ahora me doy cuenta de que esa voz no estaba tan retirada y que me hablaba a mí—. Eso es. Abre los ojos. Vamos, chica...

Consigo despertar y siento un pinchazo enorme en mi sien. Vuelvo a cerrarlos. Paso.

—¡Auu...! —me quejo y me llevo una mano a la cabeza.

—¡Eso es! ¿Cómo te encuentras?

—¿Dónde estoy?

—¿Española?

Me percato de que he hablado en mi lenguaje materno, al que vuelvo cuando estoy en mínimos.

—¡Menos mal! ¡Ya viene! —escucho al chico que me está intentando despertar y, por lo que empiezo a entender, me tiene apoyada en sus piernas. Estoy tirada en el suelo de la calle.

Me cuesta abrir los ojos, pero lo consigo y le miro.

Es un hombre joven, con pinta de inglés por su cabello pelirrojo. No se ha dado cuenta de que le miro porque él está atendiendo a su derecha, a la carretera.

—¡Se acaba de despertar, Dylan! —le dice a alguien.

El inglés se gira y me mira.

Al instante se da cuenta de quién soy. Se lo veo en la cara de desconcierto y le escucho:

—¡Joder, pero si eres Amanda Martín! ¿Verdad? ¡Madre mía! ¡Cásate conmigo! Soy tu fan número uno. Te llamas Amanda, ¿no?

Intento incorporarme. Me acaba de pedir matrimonio y van tres hoy. Yo con este no me caso ni medio muerta como estoy. He de huir. ¡¡Arrástrate Amanda!! ¡¡Arrástrate!! Este chico es clavado a Spike, el de *Notting Hill*. ¡Levántate ahora mismo, Amanda!

Al instante siento que otras manos me frenan —¿será Hugh Grant?

—Deja de decir chorradas, Bob —le reprende el otro.

Ahora le veo. Un médico o enfermero de Emergencias. No le distingo bien por la oscuridad, pero hay algo en su voz que me pone nerviosa y no, no es Hugh Grant.

Vuelvo a cerrar los ojos porque me estoy mareando.

—Hola, ¿me oyes? El idiota de mi amigo te ha atropellado con un patinete —me explica el médico—. Necesito que abras los ojos. Tengo que valorarte neurológicamente y ver si es necesario llevarte a un hospital. ¿Te duele algo mucho?

Me autoexploro y lo único que me duele es la cabeza.

—La cabeza.

—Vale. Venga, abre los ojos.

—Es que me mareo un poco —le digo.

—No pasa nada. Estoy contigo.

Esta frase y con esa voz me rebota en el estómago provocándome una náusea feroz.

—Es Amanda Martín, Dylan. Estoy segurísimo... —Escucho al pelirrojo decirle al médico.

—¡Anda ya!

—¡Que sí, tío! ¡Que sí!

—¡No me jodas!

Antes de que sigan con la conversación paralela, levanto los párpados y esta vez sí que veo con total claridad al de Emergencias y a su consternación hablarme:

—Amanda...

—Dylan... —Vomito. Literal. Como un aspersor.

—¡Joder! ¡Qué asco! —escucho al inglés, aunque de lejos porque Dylan, todo cubierto de vómito, me ha levantado en volandas y me lleva rápido a la ambulancia.

Esta imagen ya la viví... hace muchos años.